

# Vigencia de Zum Felde

Luego de sus **Motivos de crítica**, de 1921, y de una década de intensa labor periodística en *El Ideal*, edición vespertina de *El Día*, Alberto Zum Felde publica en 1930 su **Proceso intelectual del Uruguay**. Según propia expresión, este **Proceso...** se propuso ser "una toma de conciencia de la evolución intelectual en nuestro primer siglo de existencia", así como de las influencias recibidas "mayormente sobre su literatura", y también de los "factores sociológicos", por todo lo cual "aspira a ser un índice de la vida y la cultura en general". Al mismo tiempo —agrega— su obra es "una revisión rigurosa de las raíces verdaderas de nuestras letras".

Tal empresa era entonces desmesurada, y en ella se había producido ya el fracaso estrepitoso de Carlos Roxlo, "culminación horrorosa —señala Z.F.— de todos los defectos que caracterizan su producción", y también de un grupo de profesores que en ese año del Centenario intentarían acometerla combinadamente, lo que terminó siendo una ensalada indigerible.

Sobre la metodología utilizada, mucho se ha dicho, inclusive por el propio Z.F., quien, en primer lugar, reconoció haberse servido del método biográfico de Sainte Beuve, de la concepción sociológica de Taine y del psicologismo entonces en boga de Bergson. Real de Azúa, en ocasión del posterior **Índice de la Literatura Hispanoamericana**, de 1955 y 1959, le reprochó en *Marcha*, con su minucioso rigor, la falta de un método crítico más amplio, y creyó pertinente lamentar que no hubiera recurrido a los preceptos metódicos de Brunetière y de Lanson, señalando la necesidad de historiar "series rigurosamente establecidas y de coherencia bien probada", y censurando lo que llamara "comodín metódico" de Z.F., al prescindir de sistematizaciones, tabulación de fechas y ordenación de escuelas e influencias. ¿Qué agregar? Que aparte de tantas referencias a escuelas y nombres señeros como los citados, Z.F. tuvo el gran acierto de utilizar lo que tenía sencillamente de Zum Felde, lo cual, al fin de cuentas, es lo mejor que puede sucederle a un crítico que se respete.

Cabe, sí, reconocer las dificultades, no siempre superadas en el **Proceso...**, de relacionar causalmente el valor de una obra con su dependencia de la situación histórica correspondiente, así como también la dificultad de conciliar un subjetivismo primario con una objetividad (a su vez no siempre incuestionable) en materia de cultura. Y agreguemos el muy dudoso reconocimiento de las cualidades eminentes de un autor, al correrse el riesgo de confundir lo que es virtud original con lo que es valor testimonial de la época y su carácter propio.

Ante tales problemas, cabe ciertamente cuestionar en algunos casos los criterios psicológicos o formalista que utiliza Z.F.. Su propensión intuitiva, no obstante, aparece respaldada por un conocimiento cabal de situaciones y condicionamientos, siendo por otra parte su virtud más estimable la de basarse precisamente en sentimientos y valoraciones al alcance de un lector no necesariamente especializado. Como dice acertadamente Benedetti, es un cultor nato de "la antigua usanza", cuyo valor conviene reivindicar ante los profusos escudriñamientos pseudo-científicos que hoy se esmeran en sustituir la apreciación estética por artilugios técnicos pretensamente determinantes. Puede así Z.F. recurrir a juicios al parecer sumarios y no fundamentados, como cuando denuncia en Roxlo su "romanticismo parlanchín" y su "chirle sentimentalismo". Pero Z.F. tiene sus buenas razones, y el que sabe leerlo sabrá reconocerlo. No se trata, el suyo, en conclusión, de un "impresionismo" o "intuitivismo" gratuito, sino de un intento responsable, precedido por atentos estudios, de asumir la cualidad esencial de toda experiencia estética, de esa comunicación de alma a alma que subordina todo posible saber a una percepción integral de la obra de arte que se considera.

Washington Lockhart

**Proceso Intelectual del Uruguay**, de Alberto Zum Felde, Editorial LIBROSUR (tres tomos), Montevideo, 1985.